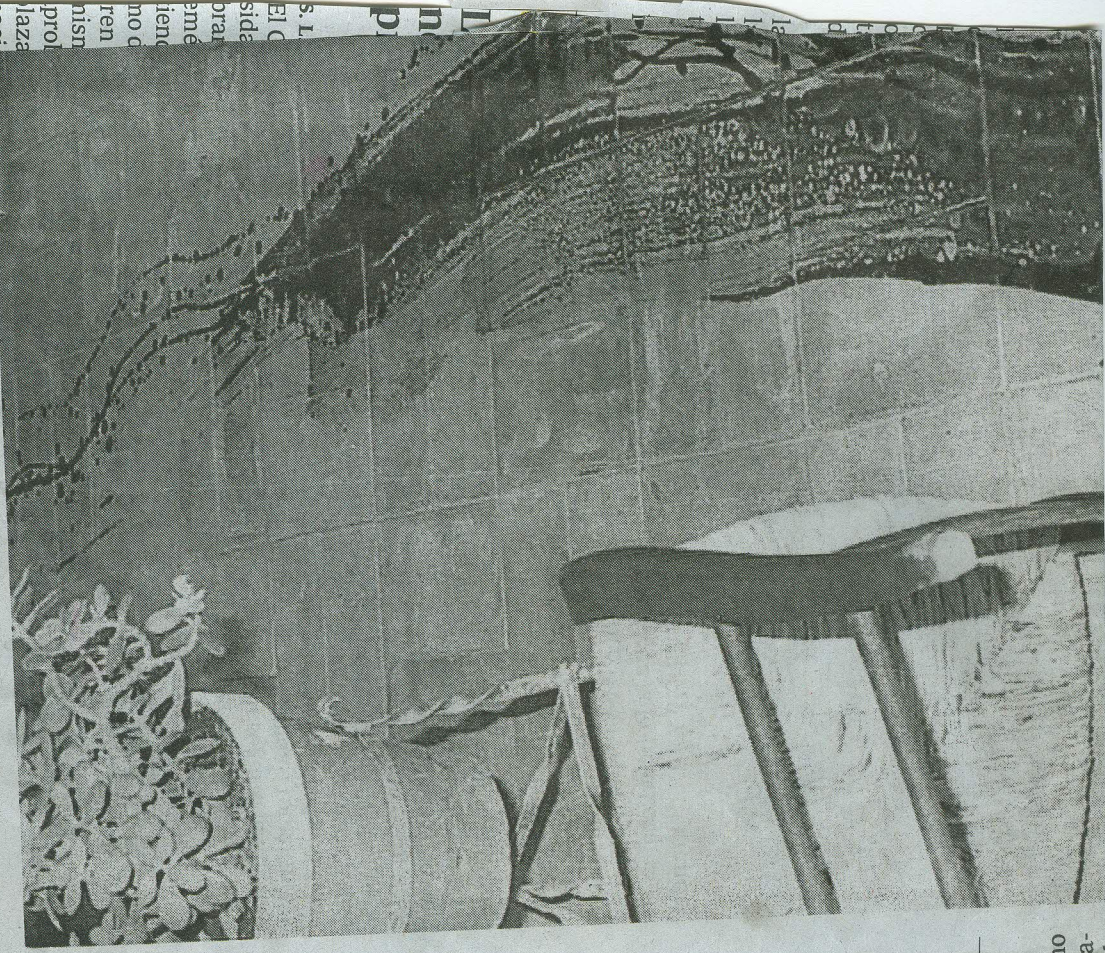


26 SEVILLA

*El quíntuple asesinato prescribió en 1995 sin que se despejaran las incógnitas y el móvil de quienes escribieron esta página negra en la Campiña sevillana*

# A los 40 años de un crimen perfecto: el de Los Galindos

AURORA FLÓREZ  
SEVILLA



aradas. 22 de julio de 1975. punto de inflexión en el pueblo, que no olvida y al que, sin solución, no deja-

mercurio pulveriza el termómetro, que aún no sabe de amenazas de ola de calor y alertas de colores ca-lientes. Pueden ser 49 escandalosos grados los que aprisionan el aire de las tres de la tarde, la hora de la siesta, en las tierras de la Campiña mientras en la parroquia de San Eutropio, patrón del pueblo, se cuece «La Magdalena Peni-vente» de El Greco, una joya de valor incalculable cuya existencia, al igual que la de los vecinos y su discurrir cotidiano, quedarán eclipsadas a partir de ese día por una de las páginas de sucesos más terribles y con mayores incógnitas de las escritas con la sangre de la España negra, que por aquellas calendas tardofranquistas se acercaba y enfrentaba a los últimos estertores del dictador, que moriría cuatro meses después del crimen de Los Galindos.

De ninguna manera Paradas merece ver su topónimo ligado, a modo de Sambenito, al quintuple asesinato que se cometió en el cortijo de Los Galindos, un caso que prescribió en 1995, pero no puede evitar que se marque en el calendario cuando el paso de los años forma una cifra redonda sobre un crimen perfecto, configurado no sólo por el asesino o asesinos, vivos o muertos, que han escapado del peso de la Ley por un cúmulo de errores desafortunados y de descuidos que llevaron al completo fracaso de las investigaciones, como reconocería años después el último juez que tuvo entre sus manos este misterio, **Antonio Moreno Andrade**.

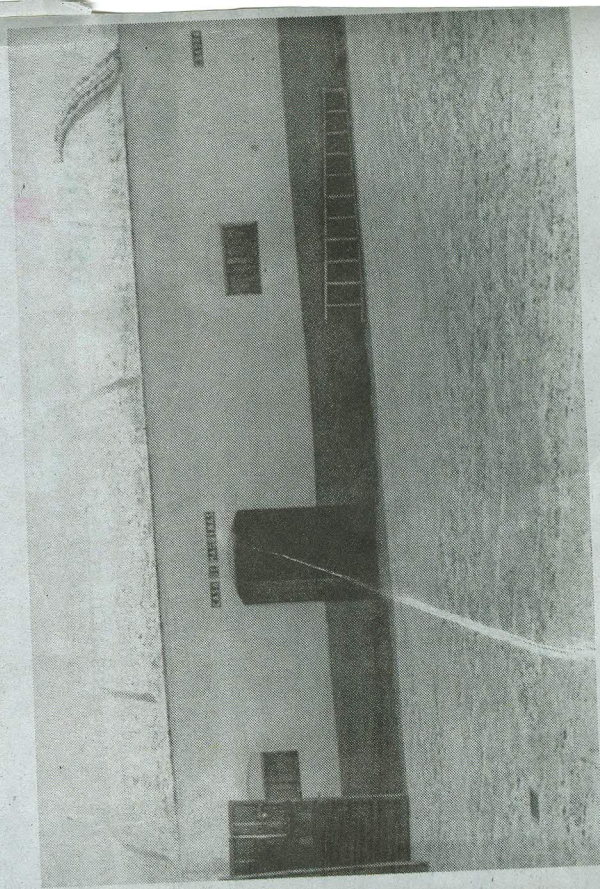
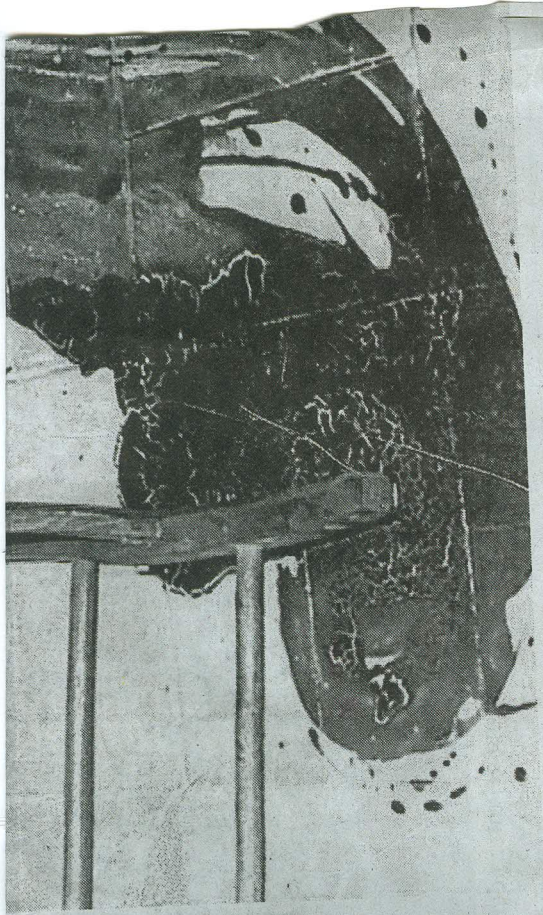
Cuarenta años se cumplen hoy de aquel terror que marca, cada año, un

mos olvidar. La dramática eremita que no lograría tanto espacio negro sobre blanco o en imágenes viejas y recuerdos infaustos, si la matanza, grafiteada en un «Aquí murieron cinco» que figuró durante años en una de las paredes del cortijo, tuviera identificados sus ejecutores.

### En el «Seiscientos» crema

Martes, 22 de julio. En el camino, el Seat «600» color crema del tractorista José González Jiménez, de 27 años, que ha recogido en el pueblo a su mujer, Asunción Peralta Moreno, de 34 años y embarazada de seis meses —añadiendo una víctima inocente más—, con la que se había casado siete meses antes, deja una estela de polvo en los caminos entre cultivos de secano, brillantes girasoles y olivos. Ambos acaba calcinados en el cobertizo del cortijo de los marqueses de Grañina. Son más de las tres torridas horas de la tarde.

En el cortijo, un rastro de sangre conduce desde el exterior a un dormitorio con dos camas. Allí yace, con la cabeza desfigurada como una máscara de goma ensangrentada, irreconocible, Juana Martín Macías, de 53 años, golpeada con saña por una pieza de empacadora, conocida como el «pajarito». Alguien había intentado lavarle la cara. En una cuneta, otro tractorista, Ramón Parrilla González, de 40 años, está muerto con los brazos des- trozados en su intento inútil de protección contra los disparos de escopeta que le rompieron el corazón desde la espalda. Manuel Zapata, de 59 años, ban como asesino, estaba pudriéndose



ver. Es él, quien, fumándose un cigarro junto al cobertizo, descubrirá los cuerpos calcinados de José y Asunción. Todavía queda tarde para que su hijo, Ildefonso Arcenegui, estudiante de Medicina, encontrara a Ramón, quien, según todo apunta, perdió la vida por aparecer en el cortijo en el momento inadecuado.

A partir de la aparición del primer sospechoso, la autoría de los crímenes se dejó caer como una losa sobre el infortunado José, de quien se dijo que habría matado a Manuel, Juana y Ramón antes de ir a Paradas, inopinadamente y sin razón lógica, a por su mujer, a quien mataría y prendería fuego. Accidentalmente, él habría sido alcanzado por las llamas y sucumbido a ellas.

### Siete años

Durante siete años, de luto, miedo, vergüenza y tristeza para su familia, y hasta la exhumación de los cadáveres por orden del juez Heriberto Asensio, y las segundas autopsias realizadas por el catedrático de Medicina Legal Luis Frontela, no se sabría que el infortunado José también fue asesinado. Le propinaron un golpe en la cara que le rompió el hueso maxilar y luego le des-cerrajaron un tiro.

El sumario 20/1975 del crimen de Los Galindos, con más de 1.300 folios por ambas caras, se ha extraviado tras su traslado de los juzgados de Marchena



se ya bajo el violento sol, con la cabeza destrozada por el mismo «pajarito». Ya habían recibido sepultura los cuerpos de los cuatro asesinados cuando, el 25 de julio encontraron su cuerpo en avanzado estado de descomposición, cubierto de paja, junto al lugar en el que había orinado un agente en los primeros días de los crímenes. Posteriormente se barajó la posibilidad de que alguien hubiera movido el cuerpo. Las noticias contradictorias que corrían como la pólvora entre los vecinos y los periódicos, como la de un



**Tórrido julio de 1975**  
**Aquel tórrido 22 de julio cinco personas fueron asesinadas sin que nunca se haya descubierto al autor de los crímenes**

que pronto fue asimilado al presunto asesino, Manuel Zapata, y que resultó ser otro vecino, que se dedicaba al cuidado de cabras y vacas.

### El día de autos

El 22 de julio, alrededor de las seis de la tarde, varios braceros, que han estado «haciendo cuchillos» en los troncos de los olivos, tal y como les había ordenado Zapata, vieron una columna densa de humo que escapaba del cobertizo. Apagan las llamas, pero después ven sangre en el patio. Alarmados, avisan a la Guardia Civil, sólo el cabo y un número que siguen el rastro de sangre y encuentran el cuerpo de Juana. En medio de un ~~del~~ administrativo y judicial, con jueces de vacaciones, es un festejo jubilado quien levanta el cadáver.

Rastro de sangre de Juana Martín, encontrada muerta en la habitación que aparece arriba a la derecha, en la que se ve el «pajarito» con el que la golpearon. Era la esposa de Manuel Zapata, encargado del cortijo, hallado muerto a los tres días

FOTOS: ABC

### Sospechas

Las sospechas recayeron sobre el capataz, que apareció tres días después en avanzado estado de descomposición

### Segunda autopsia

Los siete años siguientes se culpó a uno de los muertos. Una segunda autopsia reveló que también fue asesinado

### Sumario perdido

El sumario del crimen 20/1975, con 1.300 folios, se ha extraviado tras su traslado de los juzgados de Marchena a Sevilla

a Sevilla. La noticia se ha conocido, probablemente, justo en estos días asfixiantes de julio. Pero queda la memoria inconclusa de este caso de la España profunda del que se han escrito miles de páginas periodísticas y sobre el que vuelan hipótesis que nunca hallarán acomodo: ¿celos? ¿asuntos pasionales? ¿adulterio? ¿motivos económicos? ¿drogas?... Tres años después de las muertes, Alfonso Grosso publicaría «Los invitados», que apuntaba a algún cultivo ilegal en el cortijo, algo que nunca se comprobó como cierto. El libro daría pie a una película homónima en 1987, dirigida por Víctor Barrera, que puso a Paradas en pie de guerra y que dio lugar a una denuncia por delitos de injurias y calumnias.

Cuarenta años después siguen sin esclarecerse las claves y el móvil del quintuple crimen de Los Galindos.



**Julio!**

**Mes de la Cocina**

**Sábado Sabadeste**

**En verano los Jueves**

Jueves 2: *Cupcakes Flamencos*  
Jueves 9: *Galletas Gitanas*  
Jueves 16: *Cuquis de Verano*  
Jueves 23: *Home Made de Pan*  
Jueves 30: *Piccola Italia*

Los talleres cada Jueves, de 19:30 a 20:30 y de 20:30 a 21:30. Edad: 3 a 12 años.

**Aleste plaza**

WWW.ALESTEPLAZA.ES



LA TRIBU

ANTONIO  
GARCÍA BARBEITO

## MISTERIO

Agonizaba la dictadura y a España se le notaban en los andares los callos de un país atrasado

24-7-2015

Cuando en julio de 1937, como ahora, y las siestas eran una travesía de fuego y silencio. El campo tenía todavía mucha mano de obra allí donde aún no habían llegado las máquinas. Guardaba la aceituna las manos que vendrían a llevarse a la -el olivar, desde la noche del nazareno en el Getsemani, siempre será lugar de preñamiento— a los puestos de verdeo, y en esa espera soñaba el fruto con algún refrescón de relente para estirarse el pellejo, que calor asegurado tenía para engordar hasta el ordeño. Nadie sabe qué latigazo de ideas ras cruzó el fuego del aire de julio y lo encendió más, y cuando las criaturas del campo guardaban silencio bajo la carpa incendiada de la canícula, un zarpazo rompió la primera carne del hombre y la sangre brotó desesperada y en flecos, como el golpe de la cola de un caballo. Y así, cinco veces. Han

pasado cual tira años y el momento sigue en  
gordando en el ir y venir de la palabra que  
lo cuenta.

En la tribu vivíamos del relato de un par de crímenes, sobre todo de uno que salpicó el lomo de las tapias de la noche de la cintura de agosto. En el relato aproximado, en la versión que fue naciendo de la nebulosa de las suposiciones, una noche, un caballo, una navaja —o dos—, medio almud de grano, una cuadra, un hombre mayor, viudo y sin hijos, que vivía solo en una casa a la que llegó por el corral, con nadie sabe qué intenciones, un hombrón de conocidas malas ideas. El amañecer firmó con sangre dos muertes y nadie nunca supo qué pudo haber pasado. Cuando en la siesta de aquel julio de 1975 supimos lo que había pasado en Los Galindos, habían pasado ochenta años de aquel relato que sembró el miedo en todos los niños y chavales de la tribu que lo oyeron cien veces de otras tantas bocas. De golpe, algunos abandonamos la vieja sangre seca de aquel 1895, en la que ya nadie sabía leer nada nuevo, y buscamos una explicación en la que acababa de derramarse cinco veces en aquel cortijo. Ya no era el siglo XIX, como entonces, sino el último cuarto de siglo del XX. Pero ni esto evitó la torpeza encadenada, la facilidad para borrar huellas y la tranquilidad con la que dejaron que dos hombres de peso en aquel cortijo se quedaran solos en la escena donde aún la tierra recordaba la agonía de cinco muertos. Agonizaba la dictadura y a España se le notaban en los andares los callos de un país atrasado. Fueron pasando meses, años, sospechas, miedos, autopsias, folios, abogados, juicios... Han pasado cuarenta años y en la memoria se quedan, juntos, los dos muertos de 1895 y los cinco de 1975, para que lo que no puede contar la historia, lo cuente la leyenda.

[antonioogbarbeito@gmail.com](mailto:antonioogbarbeito@gmail.com)